

ASALTO III

DEAR PRIMITO

BOXEADOR – Dear primo: No puedo hablarte de mi caso, los guardias abren y leen todo.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Estoy solo, sin ningún latino, pero soy un superviviente y sabré salir de esta.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Javi, esto está siendo muy duro para mí. ¿Por qué tengo que cargar con una cruz tan grande? **Ya llevo aquí cinco años.**

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Ya llevo aquí cinco años.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

No te diré que soy un angelito, porque no lo soy, pero tampoco soy un asesino.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Este país da asco; si no tienes dinero no eres nadie.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

He recibido una carta del otro español, sus padres me están dando mucho ánimo y apoyo.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

“Tía Antxoni, tía Antxoni, las vacas tienen hambre.”

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

JONÁS – Con apenas tres años y lengua de trapo, el pequeño Pablo corría incansable por los establos del caserío.

BOXEADOR – ¡Tía Antxoni, tía Antxoni! ¡Las vacas tienen hambre!

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

EL INOCENTE

JONÁS – La tía Antxoni todavía recuerda cómo se reía con las ocurrencias de Pablito, el hijo de su hermano Cándido, pelotari que en 1968 desembarcó en América dispuesto a hacer fortuna en los frontones de Estados Unidos.

BOXEADOR – Tía Antxoni, las vacas tienen los ojos abiertos...

JONÁS – También en 1968, el otro hermano de la tía Antxoni, el mayor, José Manuel Ibar, dejaba los deportes rurales vascos para iniciar una carrera fulgurante como boxeador.

BOXEADOR – Las vacas tienen hambre.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

JONÁS – Aquella casa rural, donde el pequeño Pablo corría detrás de las vacas, estaba a las afueras del pueblo guipuzcoano de Cestona. El caserío lo había recibido en herencia el abuelo de Pablo de su anterior propietario, que lo había rescatado de un orfanato. Con el tiempo, el caserío pasó a los tíos de Pablo: José Manuel, la tía Antxoni y, por supuesto, a su padre, Cándido. **La casa tenía nombre: se llamaba Urtain Berri.**

BOXEADOR – ¡Vamos, Urtain! ¡Tú puedes, Urtain!

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

JONÁS – Dicen que a todos los que han vivido en aquella casona llamada URTAIN los persigue una maldición que, generación tras generación, se empeña en destruir a los más fuertes de la genealogía del viejo caserío.

BOXEADOR – ¡Uno! ¡Dos!

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

JONÁS – El 1 de noviembre de 1960 murió el abuelo José Ibar en la última apuesta, y la única que no ganaría, de su vida.

BOXEADOR – ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Es un juego de niñas! ¡Pasad!

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

JONÁS – Creía, acostumbrado como estaba a levantar piedras gigantescas, que podría resistir el salto de hombres sobre su estómago. Uno a uno, fueron pasando todos los del bar.

BOXEADOR – ¡Doce! ¡Trece! ¡Catorce...!

JONÁS – Dicen que todo aquello es una leyenda, que se magnificó con el tiempo, que el motivo no fueron aquellos saltos de hombres de 120 kilos sobre su barriga, sino una hernia... quién sabe.

Agotado. BOXEADOR deja de golpear. Se sienta.

EL INOCENTE

JONÁS – El 21 de julio de 1992, el legendario Tigre de Cestona, también conocido por el nombre del maldito caserío, Urtain, dos veces campeón de Europa de los pesos pesados, perdía el pulso con la vida al arrojarse desde un décimo piso en Madrid, acosado por las deudas y el fracaso.

Pausa.

JONÁS – Hoy, Pablito, hijo de Cándido, pelotari emigrado a América; sobrino de aquel púgil legendario; nieto de un niño rescatado de un orfanato y apostador invencible... está contra las cuerdas cumpliendo una condena de cadena perpetua en una prisión de Estados Unidos.

El boxeador golpea el aire. Lleva un papel en la mano.

BOXEADOR – Tener a tanta gente que nunca me ha conocido y a la que yo no conozco, que se ha unido para ayudarme, es algo que me hace sentir muy humilde.

Pausa.

No moriré en el corredor de la muerte. Algunos pueden pensar que mi condena a cadena perpetua es un acto de misericordia, pero no puede haber misericordia sin justicia. Una cadena perpetua sigue significando que moriré en prisión por un crimen que no cometí. Hay muchos detalles que ahora no puedo explicar... Por favor, creedme cuando os digo que esto no se va a quedar así. Seguiré luchando para demostrar mi inocencia.

TANYA desde el fondo, con el papel en la mano.

TANYA – Todo mi afecto y mi cariño más sincero... ¿De verdad, Pablo? ¿En serio?

BOXEADOR – ¿Qué?

TANYA – No hay odio.

BOXEADOR – No.

TANYA – No me lo creo.

BOXEADOR – ¿Qué es lo que no te crees?

TANYA – Esta carta. Esta carta es un insulto a...

BOXEADOR – Tú no lo entiendes.

TANYA – No, claramente no lo entiendo.

BOXEADOR – ¿Qué esperas que diga?

TANYA – Que te estás muriendo aquí dentro. Que llevas más de 5 años encerrado por un crimen...

BOXEADOR – Que no cometí.

EL INOCENTE

TANYA – Eso dices. ¿Y no hay odio? 5 años.

BOXEADOR – ¿Serviría de algo?

TANYA – Serviría para decir la verdad.

BOXEADOR – Esa es la verdad.

TANYA – ¡Y dale!

TANYA respira.

TANYA – Sabes... no me gusta decirlo así, pero a veces sí que creo que estamos malditos.

BOXEADOR – Qué dices.

TANYA – Vuestra casa... tu familia. Como una piedra encima del pecho.

Pausa corta. Tanya mueve la espalda, como si estuviera entumecida.

TANYA – Perdona... estoy cansada. He dormido en el coche mientras esperaba a que abrieran.

BOXEADOR – Y ¿sabes lo bien que me hace verte hoy?... ¿Qué haremos mañana?

Pausa.

TANYA – Estar contigo.

BOXEADOR – Todo el día.

TANYA – ¿Cómo?

BOXEADOR – Estarás aquí todo el día. Y nos reiremos. ¿Verdad, Tanya?

Pausa.

TANYA – Sí.

BOXEADOR – ¿Y pasado mañana?

TANYA – Volveré para estar contigo.

BOXEADOR – ¿Todo el día?

TANYA – Ya te he dicho que sí..

BOXEADOR – Tanya.

Pausa.

BOXEADOR – ¿Qué harás la semana que viene?

TANYA – Estaré.

BOXEADOR – ¿Volverás?

TANYA – Intentaré estar aquí, ya lo sabes.

EL INOCENTE

BOXEADOR – Ya lo sé.

Por un instante, JONÁS deja de ser solo un músico.

JONÁS – ¿Qué estás haciendo?

El BOXEADOR trata de ignorar la voz.

JONÁS – ¿Qué cojones estás haciendo? ¿Así la tratas? ¿Así la quieres?

Silencio.

BOXEADOR – No.

TANYA – ¿Pablo?

BOXEADOR – Sí.

JONÁS – Díselo ya. Déjala ir.

BOXEADOR – Pero entonces...

TANYA – ¿Pero entonces qué, Pablo?

JONÁS – Es de justicia.

TANYA – Pablo, yo... yo me tengo que ir. Volveré la semana que viene.

*TANYA lo abraza. Sale. El BOXEADOR se queda solo,
respirando como un animal encerrado.*

El BOXEADOR coge la carta. La dobla. Mira al público.

BOXEADOR – ¿Es de justicia? De justicia. Cuando estáis en vuestra casa, yo estoy aquí. Cuando cogéis el coche y vais al supermercado, yo estoy aquí. Cuando veis la televisión, yo estoy aquí. ¿Una cerveza? Aquí. ¿Un fin de semana con tu hijo? Aquí. ¿Un viaje? Aquí. ¿Estás enferma? Yo estaré aquí. Y cuando te comes ese puto helado de vainilla y caramelo...

Se rompe.

Si estuvieras aquí, lo entenderías... porque no me queda nada más.

El boxeador coge la carta, la aprieta entre los puños.

Golpea el aire insistentemente.

BOXEADOR – Dear primito: No puedo hablarte de mi caso, los guardias abren y leen todo...

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Estoy solo, pero soy un superviviente y sabré salir de esta.

Pausa. Golpea el aire insistentemente.

Javi, esto está siendo muy duro para mí. ¿Por qué tengo que cargar con una cruz tan grande? **Ya llevo aquí cinco años.**